

EL MANIFIESTO COMUNISTA VISTO DESDE AMÉRICA LATINA

Emir Sader * Junio 1998

¿QUÉ LECTURA SE PUEDE HACER HOY del *Manifiesto Comunista* desde América Latina? El Manifiesto fue elaborado como una construcción programática de la lucha de clases en el capitalismo, a partir de su forma hasta entonces más desarrollada: la protagonizada por el movimiento obrero inglés y francés, principalmente. La periferia del capitalismo existía para el capital pero todavía no encontraba una forma de expresión orgánica de la lucha de clases como la pensaba el *Manifiesto*.

Aunque de manera distinta a *El Capital*, el *Manifiesto* remitía a las leyes generales del desarrollo de la lucha de clases, junto a las definiciones programáticas de los comunistas. El proceso histórico era pensado desde arriba, desde sus formas más altas de desarrollo, hacia las cuales se dirigían las expresiones menos desarrolladas.

El hecho de que el proceso histórico haya asumido una vía que no corresponde a esa proyección, replantea el tema de la lucha de clases en su historicidad concreta. Cuando Lenin decía que era más fácil comenzar la revolución en la Rusia atrasada, aunque más difícil construir el socialismo, estaba pensando en la revolución en la Europa desarrollada como la posibilidad de rescate de la revolución rusa.

Desde el momento en que la revolución francesa fracasa en Alemania, la revolución rusa estaría condenada al siguiente dilema: cerrarse en un solo país, con todas las consecuencias que esto acarrearía, o sobrevivir jugando todas sus cartas a la reconquista de la revolución europea. En los dos casos, el movimiento comunista internacional no planteó ninguna estrategia para la lucha de clases realmente existente. En el primer escenario, la sobrevivencia de la URSS asumió un papel estratégico en detrimento de la extensión del proceso revolucionario, orientación todavía más problemática si se considera que el stalinismo desvirtuó las conquistas revolucionarias de 1917. En el segundo caso, se mantenía la expectativa de que el proceso revolucionario mundial sólo podría avanzar desde la Europa desarrollada, mientras la configuración histórica de la lucha de clases seguía un itinerario distinto.

Si bien es cierto que desde *La ideología alemana* Marx ya había advertido que el comunismo en sus condiciones de atraso económico representaría simplemente la socialización de la miseria y la regresión histórica, el capitalismo realmente existente condenó a su periferia no a repetir de manera atrasada el itinerario de los países desarrollados sino al puro y simple atraso. Dos formas diferenciadas de inserción en el mercado internacional, con sus respectivas formas de estructura social interna, fueron los resultados del desarrollo desigual del capitalismo. Sociedades con "mayoría de pobres" y sociedades con "minoría de pobres" como algunos las describen; o sociedades autocentradas y sociedades dependientes; o sociedades integradoras y sociedades excluyentes. Todas estas definiciones captan

aspectos reales aunque parciales e insuficientes para comprender la dinámica esencial.

El capitalismo reservó destinos muy diferentes para la mayoría de la población de uno y otro tipo de sociedad. Pero mientras había pleno empleo en los países capitalistas desarrollados, un excedente estructural de mano de obra condenaba a los trabajadores de los países periféricos a una correlación muy desfavorable para luchar por condiciones mejores de vida.

En estas condiciones, ¿qué papel jugó el *Manifiesto Comunista* en un continente como América Latina? Independientemente de los análisis históricos -que pueden situar más concretamente influencias y raíces historiográficas-, desde el punto de vista de la lucha de clases -nivel en el que se pretende situar el *Manifiesto*- su papel puede resumirse en dos aspectos.

En primer lugar, sirvió como una importante tarjeta de presentación del marxismo para generaciones y generaciones de jóvenes, intelectuales, militantes y quien fuera que estuviera interesado por el destino del capitalismo y del socialismo en el mundo y en la historia en general. La idea, central en el *Manifiesto*, de que "la historia de los hombres es la historia de la lucha de clases" y de que ésta es "el motor de la historia", ejerció una amplia influencia en el continente y era precisamente el *Manifiesto* su principal medio de difusión, incluso se puede decir que esas ideas esenciales sólo se encontraban formuladas expresamente en éste. Se leía *El XVIII Brumario*, *El Estado y la revolución* de Lenin, la primera parte de *La ideología alemana*, pero era a través del *Manifiesto Comunista* que llegaban las formulaciones clásicas del marxismo, a menos que nos quisiéramos someter a los manuales de autores como el marxista occidental Lefebvre, principalmente, o de los famosos libracos de la Academia de Ciencias de la URSS. En ese aspecto, el *Manifiesto* cumplió plenamente con su papel de presentar al debate público una de las interpretaciones fundamentales del mundo contemporáneo.

En otro plano, el *Manifiesto* se hacía acompañar, para estas mismas generaciones, de ejemplos de aplicaciones concretas de aquella metodología a través de historiadores marxistas que no obstante tenían diferentes gamas de interpretación. En el caso brasileño se contraponían, de manera significativa, obras como la de Caio Prado Jr. y la de Nelson Werneck Sodré. Ésta última, basada en una lectura mecánica del *Manifiesto*, buscaba encontrar la misma secuencia de modos de producción que la formulada por Marx para la historia del capitalismo metropolitano. La de Prado Jr. incorporaba el método de Marx y lo aplicaba de manera creativa a la trayectoria histórica de Brasil.

De alguna manera influía en las nuevas generaciones el peso de las tradiciones y más aún si éstas eran legitimadas por las interpretaciones difundidas por los países socialistas existentes en aquel momento: Rusia y China. Este aspecto se reforzaba si tomamos en cuenta el título original del *Manifiesto*: *Manifiesto del Partido Comunista*, lo que remitía a un partido y, en aquellas circunstancias históricas, a una analogía inmediata con los partidos comunistas vinculados a la URSS y a su interpretación de la historia.

Así, el *Manifiesto* contribuyó a la propagación de las ideas de Marx aunque por su propio peso -teórico por la densidad de sus formulaciones y político por el movimiento internacional que lo sustentaba-, tuvo que ser al mismo tiempo perfilado como formulación expresa de las leyes de la historia de nuestro continente, para poder ser incorporado creativamente.

Uno de los temas centrales en el debate de la izquierda latinoamericana provenía de las alternativas de interpretación sobre la forma de reproducción de las clases sociales en el *Manifiesto* y sus diferencias con relación al centro y la periferia capitalistas. Como consecuencia de una transposición mecánica del esquema del *Manifiesto*, el obrerismo dirigió los análisis de clase de la izquierda en América Latina. No solamente la tan mencionada "subestimación del campesinado", y con él de la cuestión agraria, sino la ausencia casi total de los "pobres de la ciudad" o subproletarios en que se fue convirtiendo la mayoría de la población urbana a lo largo de la segunda mitad del siglo.

Si bien es cierto que prácticamente en ningún país del mundo la clase obrera fue mayoritaria, de cualquier manera ésta se constituyó en un núcleo homogéneo y consistente en los países del capitalismo desarrollado, lo que propició la hegemonía de la categoría "trabajo" y, principalmente, una visión reduccionista del trabajo en términos obreros urbanos. Como un reflejo de esta visión, el movimiento sindical urbano fue la expresión más utilizada de la fuerza social de los partidos de izquierda y, casi por regla general, de la hegemonía de los partidos comunistas. Esto no sólo sucedía en los países de mayor desarrollo relativo, sino también en El Salvador, Nicaragua, Cuba y Perú. El predominio de este esquema amarró las manos de los análisis que podrían captar de manera más detallada las particularidades del movimiento de reproducción de clases subalternas en América Latina, además de limitar una evaluación más real de la efectiva correlación de fuerzas existentes en cada país y en el continente como un todo.

Uno de los resultados de esto fue que también aquí, tal y como sucedió en Europa con la revolución de 1917, los conspiradores sorprendieron a la izquierda. La revolución no vino de Argentina, de México, de Brasil o de Perú, sino de las "atrasadas" Cuba o Nicaragua, y por mucho tiempo su fantasma persistió en El Salvador y en Guatemala, países exportadores de materias primas al igual que los primeros. También aquí la revolución no estalló como resultado de la persistente socialización del trabajo, del proceso de industrialización y urbanización, sino de las contradicciones no resueltas a lo largo del proceso de constitución de los capitalismo agrarios nacionales y de la forma en que se construyó el poder del imperialismo norteamericano, es decir, de la forma de inserción de las economías nacionales en la nueva división internacional del trabajo en el traspaso de la hegemonía inglesa a los Estados Unidos.

De ahí que la revolución cubana también fuera una "Revolución contra *El Capital*" como Gramsci caracterizó a la soviética y, de alguna manera, ambas fueron revoluciones contra el *Manifiesto Comunista*, en el sentido que su interpretación más generalizada tuvo en el continente. No fue la clase obrera *strictu sensu* su sujeto social, ni un partido comunista su dirigente político. Fue un proceso de liberación nacional, donde las cuestiones nacional y democrática encabezaron la dinámica que rápidamente condujo al proceso revolucionario a una ruptura anticapitalista, medida por los enfrentamientos con el imperialismo norteamericano en un marco de "guerra fría".

Se repetía así, aunque con sus especificidades, la experiencia soviética. A diferencia de ésta, Cuba pudo apoyarse en los países del Este europeo, con lo que sustituyó la acumulación socialista que tanta sangre, sudor y lágrimas había costado a Rusia. Sería solamente con el fin de la URSS que Cuba se vio frente al dilema del "socialismo de una sola isla", lo que condujo a la política económica actual.

El anticapitalismo emergió así no de la maduración de las contradicciones de clase, sino de las tareas nacionales y democráticas no realizadas. La historia concreta replanteó dinámicas que los esquemas teóricos no podían ni desaban captar. Lo que no impidió dejar de considerar el *Manifiesto* como un texto solemne, de propagación de ideas, de formulación de determinado ritmo y dirección del proceso histórico, que serviría como norte.

Sin embargo, ese norte apuntaba siempre hacia una referencia original: el socialismo era antes que otra cosa un fenómeno del desarrollo y agotamiento de las potencialidades del capitalismo en sus eslabones más desarrollados. La generalización de la categoría "trabajadores" apuntada en el *Manifiesto* evidenciaba una tendencia real. Sin embargo, la forma concreta en la que los procesos históricos la reprodujeron siglo y medio después requiere de la redefinición de las categorías "trabajo" y "trabajadores", así como repensar la dinámica de la lucha de clases a escala mundial.

Donde ha existido, en la forma en que existió, el socialismo se reveló como un instrumento de recuperación del atraso en el desarrollo económico, compatible, hasta cierto punto, con la redistribución de la renta, especialmente mediante la universalización de los derechos sociales. Este aspecto es el que recorre sus diferentes formas de existencia, de la Unión Soviética a China, de Cuba a Vietnam, de la ex-Alemania Oriental a la Nicaragua sandinista.

No obstante, el sentido general del desarrollo histórico de América Latina difícilmente puede ser entendido fuera de la lógica propuesta por el *Manifiesto Comunista*. La descripción de Marx de la forma en que el capitalismo hegemoniza todas las dimensiones de la vida de las sociedades que toca, es un factor clave para entender la forma en la que se articuló la historia de las sociedades latinoamericanas dentro del proceso internacional de acumulación capitalista. Recordemos la alusión de Marx al descubrimiento de América como "un nuevo campo de acción" para el voraz capitalismo naciente.

La periodización de nuestra historia sólo puede ser entendida desde ese punto de vista: como expresión de las necesidades de acumulación de las economías capitalistas centrales, que determinan los ciclos de explotación de las materias primas que les interesan y que son rentables como empresas capitalistas de explotación colonial.

La propia naturaleza de esa explotación colonial sólo puede ser comprendida si la pensamos como una empresa capitalista a escala mundial, como forma de integración subordinada a ese sistema. De ahí que el imperialismo haya estado hasta el presente, desde el comienzo, como modalidad de articulación de la relación del centro con la periferia del sistema.

La revolucionarización (transformación) incesante de los instrumentos de producción tiene que ser enfocada en esa perspectiva: el capitalismo no está necesariamente comprometido con el desarrollo de las fuerzas productivas en esta parte del mundo. Su significado emerge encuadrado en el proceso de acumulación a escala mundial, de la misma forma que la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción.

Es en este marco -el del sistema capitalista como realidad mundial, con su desarrollo desigual- que pueden ser entendidos los fenómenos históricos latinoamericanos, en particular las transformaciones históricas fundamentales, incluidos sus procesos revolucionarios. Si la Revolución cubana tuvo una trascendencia que otros procesos (como la Revolución mexicana o la boliviana) no

tuvieron, se debió a la capacidad de interpretación de los dirigentes cubanos de la inserción y del significado de su movimiento a la luz de los enfrentamientos globales entre capitalismo y socialismo. Si dichos dirigentes se hubieran quedado en una comprensión mecánica del *Manifiesto Comunista*, se hubieran propuesto la industrialización de Cuba en alianza subordinada a una fracción burguesa interesada en ese proceso.

Es en ese sentido que al negarse a una visión superficial del *Manifiesto*, al ser una "Revolución contra el *Manifiesto*", la Revolución cubana terminó por afirmar las leyes generales del proceso histórico, comprensibles en una interpretación que piensa la ortodoxia marxista como una cuestión de método -conforme a la concepción de Lukács- y no de tesis. Es sólo de esa manera que tiene sentido el tema de la actualidad del *Manifiesto* en el plano de la realidad histórica concreta, donde los principios motores emergen como condición de intelegibilidad de lo real.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME: <http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo.

© CEME web productions 2003 -2007 